

Reseña Bibliográfica

Ignacio Lardizabal

Anuario N° 29/ ISSN 1853-8835 / pp. 188-193 /2017

<http://anuariodehistoria.unr.edu.ar/ojs/index.php/Anuario/index>



FITZPATRICK, Sheila. **El equipo de Stalin. Los años más peligrosos de la Rusia soviética, De Lenin a Jrushov**; Ed. Crítica; Barcelona; 2016; [492 páginas]

Por Ignacio J. Lardizabal
(Universidad Nacional de Rosario); Argentina
ijlardizabal@hotmail.com

A una centuria de la Revolución Rusa, Fitzpatrick propone un nuevo abordaje para analizar y comprender una de sus etapas más relevantes: el estalinismo. La autora, profesora de las Universidades de Sídney (Australia) y Chicago (Estados Unidos), es una especialista en el tema y una de las voces autorizadas dentro de la historiografía basada en los estudios de la historia soviética, siendo *La revolución Rusa*¹ una de sus obras de mayor relevancia.

Como indica el título principal, “El equipo de Stalin”, es el aspecto central del escrito, entendido éste como el grupo de personas que acompañó durante décadas al líder soviético. Frente a la posibilidad de considerarlos “un grupo”, “secuaces”, “magnates”, “cortesianos” al estilo zarista, “una oligarquía” o hasta “esclavos” de Stalin como lo hicieran escritores antes que ella, la autora elige la denominación de equipo

¹ Fitzpatrick, Sheila; *La Revolución Rusa*; Ed. Siglo XXI; Buenos Aires; 2005.

para aquellos que fueron conformando el poder político alrededor de Stalin. Los miembros del equipo, quienes eran parte del Politburó y del Comité Central (luego del Presidium), aunque no era requisito excluyente, ocuparían también puestos claves en Ministerios e instituciones Soviéticas, dentro y fuera de Moscú. Por otra parte, la elección de “peligro” como parte del subtítulo refiere a que éste fuera un elemento constante durante décadas para el equipo, tanto por correr riesgo su vida, como por la posibilidad de perder el poder político si sus decisiones desencadenaban resultados no esperados.

Es necesario aclarar, como lo hace la autora, que su estudio está dirigido al público en general, a un lector no académico, sin embargo se encarga de explicitar el origen de sus fuentes y de ubicar a su escrito en relación a otros de similar temática. Sus fuentes principales provienen del archivo personal de Stalin y de otros a los que se tiene acceso desde los años 90', del intercambio epistolar entre los miembros del equipo y cartas enviadas por la población a ellos, de entrevistas propias y de terceros, y de un cúmulo de memorias elaboradas por los propios actores o por miembros de su familia, principalmente sus hijos. El uso de estos recursos le permite a la historiadora australiana reconstruir la *alta política* del período estalinista a través, no de la ideología, sino de las acciones de los actores, de las prácticas cotidianas que quedaban por fuera, o que no eran parte de las discusiones que se hacían públicas.

Existe, además, un especial interés de Fitzpatrick por dar cuenta de las relaciones humanas, principalmente de Stalin pero también de los demás miembros, y como éstas incluían también a esposas, hijos y familiares de los líderes soviéticos. Los espacios compartidos, la socialización pero también las peleas o distanciamientos se vieron influidos por el devenir de distintos procesos políticos y, en el caso de Stalin, también por los sucesos de su vida privada. Las referencias a cuestiones emocionales y de personalidad de Stalin en diversos pasajes de la obra parecen remitir a un análisis de tipo psicológico del líder, licencia que parece útil al tratarse de una narrativa orientada al público en general.

Siguiendo un orden temporal, los capítulos de apertura dan cuenta del nacimiento del equipo en un contexto de lucha por el legado de Lenin, donde sus miembros, al igual que Stalin, irían tomando posiciones de mayor relevancia desde el Partido, del Comité Central hacia el Politburó. El número y los componentes irían variando en el tiempo, manteniéndose un núcleo formado por Molotov, Voroshilov, Mikoyán, Kaganovich (otros miembros serían Kuibyshev, Rudzutak, Andreyev, Kalinin y Kirov) a los que luego se le sumarían Jrushov, Zhdanov y Malenkov entre otros que tendrían menor relevancia. Algunos por muerte



natural y otros como Orzhonikide por suicidio, Beria y Voznesenski muertos por ejecución no llegarían a ver el equipo desaparecer.

La muerte de Lenin, cuyo testamento político afectaría personalmente a Stalin, abrió la contienda contra los grupos de Zinoviev y Trotsky –la oposición de izquierdas-. A la derrota de éstos le seguiría una exclusión progresiva, lo que Fitzpatrick va a denominar “política de dosificación” contra los opositores políticos de Stalin, donde se aísla, se quita voz y poder político no de manera directa sino gradual, excluyéndolos de reuniones y del Comité Central, degradándolos a puestos de menor jerarquía, y llegando a la expulsión del Partido y en algunos casos el exilio y asesinato, como en el caso de Trotsky.

Consolidado Stalin, capítulos posteriores refieren a la puesta en marcha de las políticas de colectivización e industrialización sería la primera gran contienda a vencer, donde el equipo se dedicaría de pleno a controlar la producción y accionar contra los kulaks con una dosis de represión que años después, en retrospectiva, sería reconocida como excesiva. El disenso en las políticas del momento no era algo fácilmente tolerable, y quienes lo plantearon sufrirían las consecuencias de ser, como el caso de Rykov, Bujarin y Tomsky (los dos primeros dentro del grupo), parte de una “Oposición de Derechas” acusados de traición y complot a pesar de la cercanía y amistad con parte del equipo.

La eliminación de las oposiciones políticas y los resultados del Plan darían paso, durante los primeros años de la década del 30’, a un período de prosperidad de las relaciones personales entre los miembros del equipo, Stalin incluido. Fitzpatrick elabora un contrapunto entre lo que sucede hasta la muerte de la segunda esposa de Stalin, donde la vida social del Kremlin y las *dachas* congregaban más allá de lo laboral al equipo y sus familias, donde esposas lograrían ocupar puestos jerárquicos y los hijos traban amistad, y el contexto que le sigue al suicidio y las Grandes Purgas, donde las relaciones se rompieron y las reuniones excluyeron a las familias y se terminarían convirtiendo, en la posguerra, en interminables noches de martirio.

Luego de un período de relativa calma, sin querellas internas dentro del Partido, y donde hasta algunos caídos en desgracia veían redimirse, el asesinato de Kirov desataría las Grandes Purgas. Estas para Fitzpatrick marcan un período sobre el que los miembros del equipo sobrevivientes a su líder van a tratar de expiarse de culpas, y sobre el cual la historiadora va a hacer especial énfasis, en particular sobre el hecho de



que el equipo se convirtió en victimario, y víctima, al perder, además de amigos y familiares, a gran parte de los subordinados más directos a ellos en Instituciones y Ministerios. Hasta el propio Stalin vería morir a cercanos a él en juicios falseados, lo que llevó a deteriorar la ya mala relación que tenía con su entorno próximo, en especial con su hija. Casi la totalidad de las segundas líneas de toda la Unión Soviética, y bolcheviques de trayectoria como Yanukizde, o del equipo como Kosier, serían condenados. No habría intervención posible, por decisión de Stalin, de él o de ningún miembro en algún posible salvataje.

Las deterioradas relaciones se compondrían durante la II Guerra Mundial, donde el equipo, según Fitzpatrick funcionó de la manera más eficiente, conjugando como a principios de los años 30' un liderazgo colectivo con la figura de Stalin, pero sólo luego de que el equipo por propia iniciativa - y ocupando el vacío dejado por un Stalin recluido en su *dacha* e incapaz de dar respuesta a la invasión germana- se dé a la tarea de organizar un Comité de Defensa del Estado (GKO) compuestos por ellos y con venza a Stalin de asumir el mando. Molotov, "segundo" de Stalin y encargado de Asuntos Exteriores desde antes de la guerra, Beria, Malenkov, Mikoyan, Jrushov y Voznesenski mantendrían sus cargos y sumarían nuevos dependiendo las necesidades de la contienda bélica, mientras otros como Kaganovich, Voroshilov, Kalinin y Andreyev perderían relevancia durante el conflicto (y la estima de Stalin), siendo readmitidos luego algunos de ellos.

El clima de trabajo desarrollado durante la guerra no lograría mantenerse terminado el conflicto bélico, primando la competencia y la oposición entre sectores del equipo. Un Stalin avejentado, decidido a no habilitar ningún reformismo posible para la URSS, en contra de lo que esperaban muchos a la salida de la Guerra, incluidos los hijos de los miembros del equipo, comenzaría un retiro progresivo de la toma de decisiones. La autora hace especial hincapié en que, frente a las largas ausencias del líder, el equipo lograría un grado mayor de decisión y una coordinación para hacer frente a Stalin, llegando a contradecir su orden de dejar fuera de las reuniones a Mikoyán y Molotov. El cambio en los órganos de poder (creación del Presidium, del que quedan afuera varios miembros del equipo) y la campaña antisemita, de la cual sería víctima la propia esposa de Molotov, contraponen un Stalin desconfiado de su entorno a un equipo que cierra filas para hacerle frente, y que es capaz de gestionar aun antes de la muerte de Stalin una suerte de Gobierno Provisional.

Lo sucedido en el postestalinismo conjuga uno de los aportes más importantes de la obra de Fitzpatrick. Frente a lo propuesto por estudios anteriores, el equipo no desapareció luego de las Grandes



Purgas ni sería incapaz de subsistir sin su líder. Por el contrario, tras la muerte de Stalin se instituye un verdadero liderazgo colectivo que logra llevar adelante durante años un programa reformista que revisaría la política del *gulag*, la campaña antisemita, aminoraría la represión y buscaría una apertura hacia occidente.

Aun así, las luchas por el poder al interior no desaparecerían con la muerte de Stalin, y Beria, quien parecía querer hacerse de con el poder, lo que significaba una gran amenaza por ser durante años quien había desarrollado tareas de inteligencia, sería por decisión unánime juzgado y sentenciado. A su muerte, Beria se convirtió en el chivo expiatorio de los errores cometidos en el pasado, sin embargo las aspiraciones personales no eran sólo de él. Jrushov, retomando el viejo estilo de las acusaciones de complot, y con el apoyo de Mikoyan y las estructuras partidarias, lograría hacerse del poder al eliminar de la escena al resto del equipo, acusado de formar un “grupo anti-partido”. Hacia 1957 se marca de esta manera el fin del equipo como tal, aunque no así de sus componentes. Fuera del Gobierno, cada uno comenzaría a hacer públicas, a través de libros o entrevistas, sus opiniones sobre los años en el poder, tratando de dirigir las culpas sobre errores y excesos a terceros. Quienes no lo hicieron personalmente tuvieron hijos o esposas que trataron de rehabilitar sus imágenes, siendo Stalin la excepción, cuyo hijo moriría tempranamente y su hija, Svetlana, había decidido desertar a los Estados Unidos.

Fitzpatrick concluye su obra con un capítulo final orientado a los lectores académicos, donde va a revisar lo escrito respecto a su objeto de estudio. Esto que le permite inscribir su obra en una serie de publicaciones que comenzaron a tener mayor presencia desde la caída de la Unión Soviética con la apertura de Archivos, donde sería posible analizar a través de los documentos el funcionamiento de las estructuras de poder que acompañaban a Stalin, coincidiendo con otros autores en que éste, si bien no era estrictamente democrático, tenía preferencia por un estilo de trabajo colectivo. La historiadora argumenta que a pesar de las presiones ejercidas y las decisiones contrarias a la mayoría tomadas por Stalin, éste nunca dejó de tener el apoyo del equipo. Sin embargo, durante la transición, las reformas llevadas adelante sugieren que existía un consenso respecto a cambios necesarios, aún antes de su muerte. En este punto, queda poco claro, si existiendo una posición compartida y teniendo el equipo mayor capacidad de acción en los últimos años de vida de Stalin, porque sólo fue posible efectuar las reformas una vez fallecido y no antes,



así como tampoco pudieron desarticular cuestiones como la campaña anti-semita, que atacaban directamente a miembros del equipo.

Hecha esta interrogante, puede valorarse, sin embargo, el aporte que realiza esta obra, no sólo porque permite analizar las estructuras de poder más allá del individuo que encabeza los procesos, en este caso Stalin, sino porque al hacer foco en las interacciones personales es posible reconstruir la visión respecto a cómo los actores vivieron el contexto en el que estaban inmersos, las valoraciones que realizaban y las expectativas hacia un futuro que el lector, desde el presente, ya conoce.

Ver al estalinismo bajo éste prisma se plantea como una forma de análisis del poder constituido en la URSS, a partir del cual es posible complejizar la imagen de Stalin, ya que permite no verlo como la cúspide última del poder revolucionario personificada en una dictadura personal, sino como un líder que se ubicaba dentro de un colectivo, confrontando, de ésta manera, con la caracterización de liderazgo planteada por un esquema de totalitarismo, diferenciando a Stalin de Hitler o Mussolini.

